

La identidad en los tiempos globales

Ticio Escobar

Más allá de la identidad

El giro

La reemergencia del tema de la identidad en el debate crítico contemporáneo se basa en el repliegue de grandes figuras que lo legitimaban en clave esencialista (Nación, Pueblo, Clase, Territorio, Comunidad, etc.). El vacío dejado por este retroceso ha generado dos situaciones riesgosas que deben ser asumidas. La primera se refiere al hecho de que las industrias culturales -empalmadas con las de la información, la comunicación, la publicidad y el espectáculo- han devenido nuevos y poderosos factores de identificación y creación de subjetividades. La segunda situación se encuentra definida por cierta tendencia al encapsulamiento de las identidades. Por un lado, surgen a nivel mundial nuevos proyectos fundamentalistas generadores de identidades intolerantes; por otro, se afirman tendencias disgregantes que aíslan las nuevas micro-identidades en particularismos dispersos. Ya se sabe que estos nuevos esencialismos terminan arriesgando la diferencia, estorbando la consolidación de la esfera pública -tarea indispensable en América Latina- y, por lo tanto, trabando la ejecución de proyectos políticos democratizadores.

Pero la persistencia del tema de la identidad también obedece a otras razones: si bien revela el peso de las influencias del *mainstream* (multiculturalismo y Estudios Culturales norteamericanos), también expresa la vigencia de ciertos asuntos que siguen pendientes en la agenda de las discusiones sobre el arte contemporáneo, donde aparecen y reaparecen desde, por lo menos, la década de los 20. Debe considerarse, además, que, por más influenciado que se encuentre el tema por los guiones académicos hegemónicos y por más globalizada que resulte la hibridación de las identidades, los problemas que plantean ellas aparecen convocados por razones diferentes y tienen alcances distintos en el Norte y en el Sur. La obstinada continuidad que estamos considerando manifiesta, además, la vocación contemporánea de rehabilitar figuras que parecían clausuradas o, asumir, que no pueden ellas ser consumadas y archivadas. Este movimiento discute el propio concepto de conciliación (como superación definitiva que remata y clausura una cuestión) y reivindica el derecho de mirar hacia atrás para recoger un fragmento o una figura casi olvidada. Pero también asume que más han cambiado las maneras de tratar las cuestiones que las cuestiones mismas. Por eso, ciertos conceptos (como los de utopía, representación, ciudadanía, emancipación o identidad) son recuperados desde la conciencia de que su

Escobar, Ticio, *La Identidad en los tiempos globales*, Ponencia del autor facilitada para el Programa Estudios de Contingencia, Seminario Espacio/Crítica.

desconstrucción les acerca una oportunidad de cruzar el dintel del nuevo milenio aligerados del anclaje de los fundamentos (aunque sometidos al descampado de la contingencia).

El retorno del pensamiento acerca de la identidad dio frutos por demás diversos. Pero no *demasiado* divergentes entre sí: a la larga, todas las posturas sobre el tema coinciden al menos en torno al cambio del concepto de *identidad-sustancia* por el de *identidad-constructo*, lo que supone el desplazamiento desde una noción sustantiva a una consideración pragmática del término. El colapso del sujeto cartesiano (el Sujeto, dueño del lenguaje, centrado) producido a lo largo de la modernidad ha terminado por echar por tierra el mito del privilegio unitario y racional de la subjetividad y ha preparado el campo para comprender las identidades a partir de identificaciones y posiciones variables. Las intersecciones producidas entre disciplinas diferentes resultaron decisivas para la reformulación del concepto de identidad¹. Estos cruces han aportado algunos de los supuestos básicos del “giro identitario”: el fin de la idea de un centro unificador previo a la historia y el reconocimiento de múltiples modelos de subjetividad capaces de asumir el azar, el riesgo y la ambigüedad que plantean las diferentes posiciones y los juegos diversos de lenguaje.

Por eso, las identidades no sólo aparecen hoy desprovistas de espesor metafísico; también lo hacen despojadas de su aura épica. Si ya no existen identidades esenciales, tampoco existen ya identidades motor-de-la-historia o responsables de sus grandes causas. Este doble menoscabo promueve dispersiones. Ya se sabe que las identidades se afirman desde emplazamientos particulares y se demarcan mediante el reconocimiento que hace una persona o un grupo de su inscripción en un “nosotros” que lo sostiene. Pero esta inscripción imaginaria y aquellas tomas de posición simbólicas tienen lugar en diversos niveles: la clase social, la región, la ciudad, el barrio, la religión, la familia, el género, la opción sexual, la raza, la ideología, etc. Entonces, las referencias de la práctica individual o colectiva, los lugares de la memoria y el proyecto, se sitúan en dimensiones que no pueden ser clausuradas en torno a una sola cuestión y que constantemente se superponen en varios estratos vacilantes.

En cuanto constituyen un caso ilustrativo y sugerente del “giro identitario” (y en cuanto facilitan vinculaciones con el tema de la ciudadanía, que será tratado después), me detengo brevemente en los trabajos de Laclau y de Mouffe². Según ellos, la serie de posiciones particulares de sujeto (feminista, ecologista, gay, etc.) que conforma las identidades ocurre en torno a una carencia que impide su cierre final. Este lugar vacío trabaja

¹ Hall encuentra cinco grandes descentramientos del sujeto ocurridos durante la alta modernidad (segunda mitad del siglo XX): los producidos por el marxismo, el psicoanálisis, Saussure, Foucault y el feminismo. Stuart Hall, *Identidade Cultural*. Coleção Memo. Fundação Memorial da América Latina, São Paulo, 1997.

² Ernesto Laclau, *Emancipación y diferencia*, Ariel, Buenos Aires, 1996 y *Política e ideología en la teoría marxista*, Siglo XXI, México, 1978. Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. *Hegemonía y estrategia socialista*, Siglo XXI, Madrid, 1987. Chantal Mouffe, *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Paidós. Buenos Aires, 1999.

la constitución de la identidad en forma plena pero, al mismo tiempo, es la posibilidad de esa constitución. En este sentido Zizek considera que el sujeto (lacaniano) al que se refieren los autores citados, en cuanto no puede simbolizar su identidad plena, constituye una entidad paradójica: actúa como su propio negativo; “es decir que sólo persiste en la medida en que su plena realización es bloqueada...” (pues de realizarse plenamente, el sujeto ya no sería sujeto sino sustancia)³.

Puesto que las distintas identificaciones no son realizadas alrededor de un centro fijo, las identidades conformadas por ellas asumen un carácter inestable y provisional. Son resultado de fijaciones parciales y en ningún caso pueden ser completa y definitivamente adquiridas⁴: varían según cómo, a través de una serie de equivalencias, son articuladas en una unidad contingente, fruto de una condensación simbólica y no de una necesidad esencial. Esta interpretación tiene consecuencias importantes en el ámbito de las luchas políticas basadas en posiciones identitarias: si una categoría referente a sujetos colectivos (mujeres, clase trabajadora, negros, etc.) no se basa en una esencia (previa a su propio proceso de constitución), entonces ya no se trata de definir la identidad sino de buscar cómo se construye políticamente una categoría como tal dentro de diferentes discursos. “Todo el falso dilema de la igualdad *versus* la diferencia se derrumba desde el momento en que ya no tenemos una entidad homogénea ‘mujer’ enfrentada con otra entidad homogénea ‘varón’ sino una multiplicidad de relaciones sociales en las cuales la diferencia sexual está construida siempre de muy diversos modos y donde la lucha en contra de la subordinación tiene que plantearse de formas específicas y diferenciales”⁵.

Identidades en jaque

Pero, a pesar de la flexibilidad que le otorga tanto descentramiento, no resulta tan fácil sortear los tropiezos que trae aparejados la figura de la identidad. Ni resulta simple desprender el término de sus venerables fundamentos, abrirlo a confrontaciones, soltarlo en lances de lenguaje. Aunque cada vez más comprendida como concepto relacional y, por lo tanto, dependiente de contextos y contingencias y sujeta a operaciones articulatorias distintas, la idea de identidad tiende una y otra vez a volverse, autosuficiente, sobre sí y hacer de sus contornos el límite de toda verdad y de sus demandas la medida absoluta de

³ Slavoj Zizek, “Más allá del análisis del discurso” en Benjamín Arditi (coord.), *El reverso de la diferencia. Identidad y Política*, Nueva Sociedad, Caracas, 2000, pág. 174. Refiriéndose al análisis de Zizek sobre el trabajo de Laclau y Mouffe, Valentine dice que aquél ha observado que la teoría del sujeto de éstos “está escindida por la coexistencia de dos concepciones del sujeto: una negativa, el sujeto como lo piensa el psicoanálisis lacaniano, y otra positiva, el sujeto como entidad discursiva o posición de sujeto. Su propósito es demostrar la primacía de la concepción lacaniana, pues sostiene que el sujeto discursivo es un mero dispositivo ideológico que reprime el hecho traumático de que los individuos no pueden ser nunca quienes ellos preferirían ser...” Jeremy Valentine, “Antagonismo y subjetividad” en Benjamin Arditi (coord.), op. cit. pág. 206.

⁴ Mouffe, op. cit. pág. 109.

⁵ Ídem. pág. 112.

toda práctica social. Este reduccionismo de lo particular deja la identidad fuera del juego de las diferencias, del horizonte compartido por otros sectores con los que disputa o negocia posiciones y concierta estrategias⁶.

Las identidades autosuficientes, identidades-mónada, impiden la posibilidad de tramar miradas distintas para construir imágenes mediante las cuales, aun fugazmente, se perciban enteras las sociedades. Estas nunca serán capaces de conciliar sus momentos diversos en una forma consumada, pero sí de entrever figuras en las que puedan reconocer sus propios contornos. Y estas representaciones de conjunto, construidas por encima de las identidades parciales, se vuelven especialmente necesarias en ciertos momentos que apelan a la cohesión del cuerpo social. Por ejemplo: cuando se encuentran en juego situaciones que involucran el bien común, cuando se requiere plantear proyectos públicos, procesar aspectos de una misma memoria o marcar ritualmente los tiempos de la historia compartida: trámites todos estos que renuevan las razones del pacto social.

Trabar la conformación de esas operaciones aglutinantes resulta nocivo para América Latina cuyos países y regiones deben constantemente reponer, cuando no remendar, sus tejidos sociales deshilachados, idear propuestas colectivas y concertar demandas disonantes y posiciones adversarias. Y la situación se agrava aún más si consideramos que las tareas de integración social se cumplen, cuando lo hacen, ante un Estado apático y detrás de un mercado insaciable y diligente. Tales tareas suponen promover las demandas sectoriales y, simultáneamente, impulsar proyectos colectivos, coordinar discursos y prácticas dispersas y proponer interpretaciones de conjunto. De este modo, según será tratado más adelante, el gran reto que surge en torno al tema de las identidades es el de apuntalar la articulación social a través de figuras que ayuden a imaginar el conjunto y sustenten la construcción de lo público sin menoscabo de la diversidad.

La posibilidad de articulación de lo particular y lo general es mirada con desconfianza, y aun descalificada, por autores que radicalizan la crítica del reduccionismo de las identidades. Jameson y Žižek, significativos representantes de esta posición, consideran que el temor paranoico a pecar de “universalismo” y “esencialismo” ha desalojado la noción de ideología del análisis de la cultura y fomentado la fetichización de las identidades. El primero de ellos sostiene que la micropolítica de las identidades impide considerar el sistema como totalidad articulada y, por lo tanto, bloquea la posibilidad de que las distintas formas de resistencia puedan ser vinculadas entre sí en programas contestatarios efectivos. Así, las luchas por las diferencias culturales no incluyen una crítica

⁶ Según Arditi, los “excesos endogámicos de la política de la identidad” conducen a un esquema particularista cuyo esencialismo termina siendo “tan ilegítimo como el de la totalidad”. A partir del mismo, “todo, o casi todo lo que no es enunciado desde un grupo particular, puede ser visto como un agravio para sus integrantes”. Arditi, Benjamin (ed.). *El reverso de la diferencia. Identidad y política*, Nueva Sociedad, Caracas, 2000, pág. 9.

del sistema mundial capitalista a cuyo servicio terminan: la única posibilidad que tienen de zafarse de este papel y lograr un cambio es que sean inscriptas en la categoría de clase⁷.

Zizek parte de la oposición hegeliana que enfrenta, por un lado, la *identificación primaria* que realiza el individuo con la “comunidad orgánica” de su nacimiento (la familia, la comunidad local) y, por otro, la *identificación secundaria* con la sociedad universal. Durante el estadio moderno, esta sociedad universal equivale al Estado-Nación, que enmarca el vínculo de las identidades sociales particulares y provee la forma específica mediante la cual lo particular participa en lo universal⁸. Pero, a partir del posmodernismo la comunidad universal corresponde a la sociedad transnacional. Este desplazamiento provoca que la identificación secundaria sea experimentada como un marco meramente formal y pierda su capacidad vinculante. Consecuentemente, promueve el regreso a las formas de identificación primaria (comunidades étnicas, religiosas, de opciones alternativas de vida, etc.), capaces de captar la inmediatez del sujeto y de abarcar a éste en sus formas de vida específicas. En este contexto, el multiculturalismo se convierte en la forma ideal de la ideología del capitalismo global; entonces, “la nueva comunidad universal, pos Estado-Nación, construye, a través del mercado global, su propia ficción hegemónica de tolerancia multiculturalista”⁹.

Las críticas de Jameson y Zizek deben ser aplicadas con cuidado a realidades de regiones periféricas, a las que el concepto de “multiculturalismo” sólo conviene de manera parcial y forzada. Es cierto que, en tales regiones, el estudio de la diferencia se encuentra muy a menudo marcado por este concepto y es evidente que las prácticas identitarias dependen cada vez más de la “universalidad” de un orden global basado en el mercado. Pero las identidades corren una suerte diferente en los países de América Latina, cuyos Estados nacionales ni siquiera lograron cumplir con eficiencia un rol mediador y cuya diversidad debe ser asumida como un factor determinante para el análisis de sus culturas y la ejecución de cualquier proyecto democrático. Aunque estas características comunes a los países latinoamericanos no puedan ser concebidas en términos ontológicos, resulta evidente que ellas marcan contornos de alcance pragmático; quizá ese “aire de familia” al que, retóricamente, se refiere Wittgenstein para nombrar formas no sustanciales de unidad.

Por otra parte, en América Latina resultan fundamentales tanto el momento de las identidades como el de su articulación de cara a la cosa pública: en general, las historias de sus países transcurren signadas por un agudo déficit de institucionalidad que involucra el plano del Estado al igual que el de la sociedad; por eso, el fortalecimiento del tejido social resulta tan necesario como la reforma del Estado. El hecho de que casi todos los otros

⁷ Jameson, Fredric, “Sobre los Estudios Culturales”, en Fredric Jameson y Slavoj Zizek, *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Paidós, 1998.

⁸ Slavoj Zizek, “Multiculturalismo”, en op. cit., págs. 165 y 166.

⁹ *Ibidem*, pág. 164.

países de la región sean multiculturales y pluriétnicos acentúa la importancia del tema de la diversidad y lo sustrae (debería hacerlo, al menos) de su tratamiento “multiculturalista”.

Al llegar a este punto, el tema de la fragmentación de las identidades plantea dos cuestiones básicas. La primera gira en torno a cómo congeniar el discurso de las identidades sectoriales con la figura de grandes identidades que, basadas en el territorio, han tenido durante décadas una fuerte presencia en los análisis del arte y la cultura de América Latina (identidades nacionales, latinoamericanas, regionales), o bien, que se perfilan ahora como nuevas subjetividades de carácter global (identidades basadas en ideas de ciudadanía global, imaginarios gestados por industrias culturales y redes informáticas). La segunda cuestión se basa en el planteamiento de cómo podrían las micro-identidades, sin renegar de su posición particular, sobrepasarla en los terrenos de la escena pública y en vistas al interés colectivo. Estas cuestiones serán encaradas bajo los siguientes títulos confrontando diversos formatos de identidad y distintas instancias de articulación.

Las identidades macro

Identidades nacionales.

La vinculación del tema de la identidad con el de la Nación ilustra la precariedad de los encuadres identificatorios. La Nación, proveedora tradicional de identidad, se ve amenazada en este oficio a partir de dos extremos opuestos. Desde abajo, según queda visto, ganan terreno las micro-identidades que, movidas por intereses sectoriales, promueven “nosotros” diseminados que debilitan las formaciones identitarias nacionales. Desde arriba, avanza la globalización: la integración de la economía de los países a los mercados y a los procesos de comunicación globales promueve nuevas matrices de identificación transnacional que borrarían las enseñanzas patrias.

Pero el retroceso de las culturas nacionales no significa su fin sino la necesidad de su reinscripción en contextos más complejos que impidan el cierre de sus perfiles y las fuerzan a confrontaciones multiculturales y transterritoriales. Se ha repetido mucho que las identidades ya no son definidas según sus emplazamientos fijos sino consideradas en sus muchos tránsitos; sin embargo, la transterritorialidad no implica el archivo de la problemática de los territorios. Hay cuestiones cuyo tratamiento exige la consideración de las figuras de suelo y frontera: las demandas de pueblos indígenas basadas en el derecho a las tierras tradicionales; la descentralización estatal, la aplicación de políticas culturales a nivel nacional y regional, la gestión sociocultural ligada a municipios y otras entidades locales y las reivindicaciones que involucran temas ambientales, no pueden alegremente ser “desterritorializadas”.

El tema de las identidades nacionales será tratado bajo este título presentando como ejemplo el caso del Paraguay. Comencemos retomando la oposición entre formaciones

identitarias primarias (familiares, étnicas, etarias, de género, de clase, de estilo de vida, etc.) e identidades secundarias (nacionales). Las primeras suponen una carga mucho más espesa de vivencia existencial que las segundas, cuyos contornos se encuentran definidos por ficciones jurídicas antes que por sedimentación de experiencia colectiva. Hoy, la identificación con el relato nacional pocas veces adquiere aplicación más concreta que la proveída por los emblemas patrióticos y la memoria oficial. Se despierta ante grandes sucesos, como las guerras, que comprometen los destinos territoriales y la autonomía política, o ante situaciones que involucran la autoestima, la seguridad o la economía general en cuanto son administradas éstas por el Estado Nacional. También se percibe con nitidez, aunque fugazmente, la silueta esquiva de la identidad nacional en circunstancias de encuentros deportivos internacionales, competencias mundiales de fútbol, especialmente, que condensan la emotividad colectiva en torno al sentido de pertenencia a un país contendiente. Pero es difícil sentir el peso de imaginarios propiamente nacionales, es decir crecidos desde procesos de construcción histórica compartidos por toda la población.

Sin duda, una divisa identitaria emblemática está constituida en el Paraguay por el guaraní, lengua hablada por más del 80% de la población. El guaraní no sólo identifica fuertemente a los paraguayos, ante los otros y entre sí, sino que exhibe las señales de una historia que arranca desde antes de la historia. Desde ellas, repercute sobre la sensibilidad y la expresividad colectivas, moldea el talante de diversas configuraciones culturales y, por lo tanto, levanta un horizonte común sobre el que se recortan figuras y discursos diferentes. De manera notablemente uniforme, el propio idioma español empleado en el Paraguay se encuentra marcado por la sintaxis, la inflexión y el universo semántico enfocado por el guaraní, hecho éste que caracteriza el hablar paraguayo y también funciona como un distintivo identitario a nivel nacional. Por otra parte, la lengua guaraní permite modular diversas inflexiones, registrar diferencias y administrar sutilezas referidas todas ellas a la identidad. La oposición entre el ponombre personal de primera persona plural *oré* (que deja fuera al interlocutor) y el *ñandé* (que lo incorpora) regula con flexibilidad el juego de inclusiones y exclusiones que moviliza la confrontación de diferentes *nosotros*, cuyas esclusas se abren o no según la variación de las posiciones enunciativas. Este dúctil dispositivo ha sido reconocido y conceptualizado por varios estudiosos del tema de la identidad¹⁰.

La presencia intensa de la lengua guaraní y la vigencia de memorias potentes, oriundas ambas del mismo mundo de sentidos (el mestizaje), intervienen en la configuración de los imaginarios populares y determinan, sin duda, estilos culturales propios. Pero la incidencia de este factor debe ser demarcada. Una generalización abusiva de la misma otorga el carácter de paradigmas míticos de la nacionalidad a ciertos rasgos del mestizaje histórico hispano guaraní, básicamente de tradición campesina. Pero, aunque, según queda señalado, el peso de esta tradición sea indiscutible y aunque la mitad de la población del Paraguay sea rural, los imaginarios que moviliza ésta arrancan de

¹⁰ Benjamín Arditi, Line Bareiro, Ticio Escobar, José Nicolás Morínigo, José Carlos Rodríguez, entre otros.

experiencias diversas provenientes de culturas indígenas, inmigrantes, ciudadanos y sectores campesinos herederos de otras tradiciones, como la chaqueña¹¹, o conformados por generaciones de jóvenes que no se reconocen plenamente en la matriz mestiza.

La figura de identidad nacional se recorta sobre horizontes opuestos. Uno de ellos está marcado por el nacionalismo militarista. Esta figura, de larga tradición histórica en el Paraguay, presenta como exponente más fuerte y más reciente el modelo propugnado por la dictadura de Stroessner (1954-1989), apoyado en tradiciones de fuerte arraigo local en torno a la figura mitificada del “Ser Nacional”. Esencializado, el Pueblo encarna la idea de Nación, contenido homogéneo fraguado en los moldes de un Estado omnipotente¹². A partir de este modelo, la “identidad paraguaya” es el conjunto de notas propias que define sustancial y eternamente “la manera de ser” del paraguayano como un todo compacto, ajeno a los conflictos históricos y más allá de las brutales diferencias que fracturan el tejido social.

Otro fondo sobre el que se proyecta la cuestión de las identidades nacionales tiene que ver con ciertos movimientos compensatorios (o, aun, reactivos) de reafirmación de las identidades nacionales que producen la globalización y los procesos de integración regional (en el caso del Paraguay, el Mercosur). Tanto las intenciones unificadoras de éstos como la expansión avasallante de las corporaciones transnacionales constituyen amenazas para las identidades territoriales y obligan a replantear el sentido de lo nacional, cargado por la crítica posmoderna de connotaciones meramente reaccionarias. Pero una vez liberado de fundamentos esenciales, el concepto de identidad nacional puede servir para acotar ámbitos de identificación colectiva con prácticas culturales cuyo desarrollo depende en parte de políticas estatales. Desde este concepto puede demandarse al Estado que cumpla sus obligaciones en el plano de la promoción cultural cuidando que esta instancia no signifique una nueva operación de clausura de lo identitario nacional sobre sí.

Identidad latinoamericana: dos cuestiones

Estironeado por expectativas y conceptos divergentes, el término “identidad latinoamericana” renueva equívocos y pasiones cada vez que aparece en escena; y lo hace a menudo desde los primeros años del siglo veinte. Impulsada por tradición tan larga, la discusión sobre este tema ha cubierto el mapa latinoamericano y decantado un ámbito relativamente parejo de acuerdos y divergencias. Efectos performativos inesperados: la misma preocupación por la identidad acabó generando en los hechos una cierta identificación colectiva (una identidad) en torno al uso de conceptos comunes, como los de

¹¹ Aunque utilice el guaraní como lengua principal, el Chaco paraguayo o Región Occidental, que cubre la mayor parte del territorio nacional, tiene características peculiares que lo distinguen profundamente de la Región Oriental. Configura un hábitat específico, es escenario de historias particulares, en gran parte zafadas de la narrativa mestiza guaraní, y territorio de grupos indígenas cazadores-recolectores (no guaraníes) y de pobladores inmigrantes diferentes a los orientales.

¹² He desarrollado este tema en *El mito del arte y el mito del pueblo*, RP edic. y Museo del Barro, 1986, págs. 72 y sgtes.

mestizaje e hibridez; la cuestión de lo propio, lo ajeno y lo apropiado; las diferencias entre aculturación y transculturación, entre otros. Tanto mentar la identidad ha fundado una cierta autoconciencia compartida: la experiencia de un “nosotros” que unifica, provisional e imaginariamente, a sujetos muy diversos y promueve posiciones que pueden ser cruzadas en proyectos coincidentes. Es que la propia crisis de identidad (la tribulación de quien debe usar un lenguaje que lo nombra como *otro*) ha forzado a la periferia a madurar discursos y vivencias acerca de un problema considerado extraño por el centro y, por eso, tratado por él en forma displicente. (Y con lamentables consecuencias prácticas: no es necesario enumerar los tantos casos recientes para verificar que el Primer Mundo tiene dificultades casi insalvables para asumir los conflictos de identidad sin desatar tragedias).

Pero aun a pesar de aquellas azarosas coincidencias acerca del concepto de “identidad latinoamericana”, sus equívocos siguen renovándose en torno al eje, vacilante, de diversas posiciones y sucesivos desplazamientos suyos. Estas dificultades serán resumidas bajo los siguientes subtítulos mediante la exposición de dos cuestiones básicas.

La oposición

La primera cuestión que levanta el uso del concepto surge del hecho de las posiciones distintas a través de las cuales se lo trata. Enunciada desde el discurso del centro (el llamado “Primer Mundo”), la periferia (o “el Tercer Mundo”) ocupa el lugar del *otro*. Éste significa la inevitable espalda oscura del *Yo* occidental: el reverso de la identidad original. Ambos términos son considerados como momentos definitivos: no pueden ser conciliados porque la asimetría que los enfrenta está formulada en clave de disyunción ontológica. Y si ocurriera una inversión simple en el contexto de ese esquema, “¿quién sería entonces el *otro*?”, pregunta Coronil¹³. Es decir, el *otro* no representa la diferencia que debe ser asumida sino la discrepancia que debe ser enmendada; no actúa como un *Yo* ajeno que interpela equitativamente al *Yo* enunciador: se mueve como el revés subalterno y necesario de éste. Su contracara fatal.

Considerada según este esquema dualista, la identidad es atributo fijo del centro; la otredad, cualidad propia de la periferia. Ambas se encuentran trabadas entre sí en un enfrentamiento esencial y especular que congela las diferencias. Tomemos como ejemplo el caso del arte: la porfía de aquel esquema hace que, aunque proclame el centro el derecho a la diferencia multicultural, el arte latinoamericano sea valorado en cuanto expresivo de su alteridad más radical: lo exótico, original y *kitsch*, lo alegremente entremezclado con la tradición indígena y popular, etc. Del *macondismo* y el *fridakahlismo* al nuevo estereotipo del híbrido latinoamericano que usa pinturas corporales bajo camisas de Versace (falsificadas, claro) y levanta instalaciones con residuos de ritos enigmáticos y fragmentos de su miseria ancestral, transita una amplia gama de nuevos exotismos, ansiosos del gesto

¹³ Coronil, Fernando, “Más allá del occidentalismo: hacia categorías geohistóricas no imperiales”, en *Casa de las Américas*, La Habana, enero-marzo de 1999, pág. 26.

más pintoresco y la más típica seña para cosificar al *otro* enunciándolo desde afuera. Muchas veces los propios artistas latinoamericanos entran en ese juego: o bien desarrollan una obra crítica concebida como pura inversión de las propuestas centrales (operación que reproduce, en negativo, la asimetría) o bien especulan con la demanda mediática de identidad y ponen en escena los clisés de su alteridad: actúan de diferentes según los guiones del *mainstream*.

Transterritorios

La segunda fuente de malentendidos que presenta el concepto de “identidad latinoamericana”, vinculada a la primera, deriva de la reconfiguración de los mapas del poder mundial que desorienta la marcha de un esquema basado en referencias territoriales (el mapa de América Latina). Ya se sabe que terminada la guerra fría, la globalización informática y la consolidación de los mercados supranacionales requieren un reordenamiento de posiciones a escala mundial. Este cambio demanda a su vez la reformulación de ciertos términos del régimen anterior. Por eso, zafados de sus propias etimologías geopolíticas, muchos conceptos se han vuelto metáforas de una nueva y fluctuante retórica planetaria: Europa es el logotipo de un “Primer Mundo” que incluye Estados Unidos y Japón, así como Asia y América Latina son insignias de un “Tercer Mundo” que involucra grandes poblaciones de inmigrantes ubicadas en los Estados Unidos y Europa. Entonces -deslocalizados, diseminados a lo largo y lo ancho de una superficie polifocal y enredada- los mismos términos “centro” y “periferia” deben ser reformulados para que puedan asumir las nuevas situaciones transterritorializadas.

Estrategias

Ahora bien, aunque ya no resulte adecuado fijar las diferencias identitarias en clave de oposiciones lógico-formales (primera cuestión) ni en registro de territorio (segunda), es obvio que la tensión centro-periferia sigue intacta. Es más, ha vuelto a crisparse de modo imprevisto apenas comenzado este siglo. Las nuevas políticas de seguridad, promovidas por los E.E.U.U. alteran unilateralmente grandes principios del orden mundial, de espaldas a tratados, códigos y convenciones que aseguraban valores básicos de igualdad a mucho costo conquistados¹⁴. Esta conmoción revela de manera casi caricaturesca lo que ya se presentía por debajo de los discursos democratizantes y multiculturalistas: que existen aún ciudadanos de primera y de segunda, o ciudadanos y no-ciudadanos, y que el Centro y la Periferia, el Primer y el Tercer Mundo, siguen divididos aunque fuere por muros dispersos, móviles e invisibles. El endurecimiento de las furtivas fronteras globales no hace más que evidenciar asimetrías que nunca fueron saldadas y que no se refieren solamente a las

¹⁴ Me refiero, por ejemplo, al tratamiento humillante que reciben los habitantes de países periféricos en los aeropuertos norteamericanos: fichados como criminales y sometidos a interrogatorios e inspecciones intimidantes. Estas discriminaciones exasperan los contornos de las identidades: los inflaman.

brutales desigualdades socioeconómicas sino a la calidad de vida y a la dignidad humana, factores decisivos para enfatizar contrastes identitarios¹⁵.

Puesto que, para criticar el retorno de la segregación en clave global, no se trata de propugnar una actitud reactiva que vuelva a absolutizar las oposiciones, conviene imaginar estrategias de contestación de la hegemonía central que no pasen por el antagonismo radical. Ante la primera cuestión expuesta en este apartado -la oposición metafísica entre lo *uno* y lo *otro* – cabe invocar operaciones desconstructivas que trabajen la mutua inclusión de las imágenes adversarias en la configuración de las identidades (que, así, nunca pueden ser comprendidas como idénticas a sí mismas)¹⁶. Esta situación paradójica excluye toda posibilidad de clausurar la identidad en el momento de su pura exterioridad respecto al otro (en la total coincidencia consigo mismo): lo identitario se juega siempre en un tercer espacio que obliga a sus términos a salir de sí y trascender el particularismo de sus emplazamientos.

Por eso, no existe un desenlace definitivo para la tensión centro/periferia, cuyos términos, inconciliables, oscilan siempre empujados por disputas y acuerdos diversos. Este punto se conecta con la segunda cuestión. El desanclaje de aquellos términos posibilita reivindicar la diferencia de lo latinoamericano no a partir de su oposición abstracta al modelo central sino de sus posiciones propias, variables, determinadas por intereses específicos. Desprendidas de bases fijas, fluctuantes como las posiciones centrales, las periféricas adquieren una movilidad que las permite desplazarse con agilidad y cambiar pragmáticamente sus emplazamientos para concertar, debatir o enfrentarse a aquellas en movimientos que no responden a un cuadro formal de oposiciones establecidas sino a los azares de la contingencia histórica. Esta soltura posibilita ejercer la diferencia identitaria no como mera reacción o resistencia defensiva sino como gesto afirmativo, obediente a sus propias finalidades.

No se trata pues de impugnar o aceptar lo que viene del Norte porque venga de allí, sino porque conviene o no a un proyecto propio. Sobre este supuesto, la negociación se vuelve instrumento cotidiano de las identidades en la difícil arena global: permite (exige)

¹⁵ García Canclini afirma que la “globalización selectiva” restringe a las elites el derecho a la ciudadanía y acelera las contradicciones entre los países periféricos y las metrópolis “donde se excluye a desocupados y migrantes de los derechos humanos básicos: trabajo, salud, educación, vivienda. (Néstor García Canclini. *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Grijalbo, México, 1995, pág. 26). Por otra parte, “la concentración en Estados Unidos, Europa y Japón de la investigación científica y de las innovaciones en información y entretenimiento, acentúa la distancia entre el Primer Mundo y la producción raquílica y desactualizada de las naciones periféricas”. (Aut. cit. *La globalización imaginada*. Paidós. Buenos Aires, 2000, pág. 24). Estas desigualdades exacerban las diferencias identitarias basadas en posiciones centrales o subalternas: “solidarizan a las elites de cada país con un circuito internacional y a los sectores populares con otro” (Aut. cit. *Consumidores y ciudadanos...* pág. 51).

¹⁶En esta dirección, afirma Laclau que “... la identidad de las fuerzas opresivas tiene que estar de algún modo inscrita en la identidad que busca la emancipación ...: ser oprimido es parte de mi identidad como sujeto que lucha por su emancipación...” Ernesto Laclau, *Emancipación y diferencia*. Ariel, Buenos Aires, 1996, pág. 38.

crear sistemas de alianzas provisionales, apropiarse de imágenes o discursos ajenos, desconocerlos, tergiversar su sentido o reinscribirlo en otro lugar, renovar las tácticas de la presión y los argumentos de la protesta, replegarse para buscar un flanco mejor de acometida.

Este tiempo incierto, carente de fundamentos, transido de contingencia, impide que el término “identidad latinoamericana” se emplee como expresión forzosa de un contenido único y lo abre a designar un ámbito, discursivamente construido, en el que coinciden o se cruzan propuestas alternativas de significación, jugadas que se resisten a ser identificadas en el discurso rectilíneo enunciado desde el centro. Pero, ya se sabe: ni los términos “identidad” y “resistencia” ni el vocablo “centro” conservan ya las acepciones nítidas que poseían: aquel ámbito supone inevitablemente un escenario revuelto y nublado que descarta toda pureza en las propuestas periféricas.

Identidad regional

La instauración de un escenario regional, impulsado por El Mercosur, acerca otras cuestiones al ámbito inestable donde actúan las identidades. Plantea el desafío de construir una nueva macro-identidad (la conciencia de un “nosotros Mercosur”: la identificación con pautas culturales regionales) y una ciudadanía “mercosurista” y obliga a las distintas identidades (nacionales y sectoriales) a reinterpretar sus posiciones adecuándolas al nuevo marco supra-nacional¹⁷. Pero simultáneamente, suscita la afirmación de las diferencias nacionales y sectoriales que parapetan sus particularidades ante el riesgo de la homogeneización. Por eso, estos cambios introducen tensiones entre los diferentes encuadres identitarios -regional, nacional, sectorial- que terminan por definir mejor, y aun por reforzar, las posiciones de sus términos. Por lo tanto, paradójicamente, el reto de construir una identidad regional promueve cierto endurecimiento de las identidades nacionales y parciales. Así, por un lado, enfatiza la autopercepción de un “nosotros-Nación” (provocado tanto por el sistema de representaciones nacionales como por las disputas, alianzas y negociaciones que suponen las asimetrías entre países, los conflictos entre políticas públicas nacionales, etc.); por otro, impulsa el afianzamiento de identidades sectoriales que consolidan sus posiciones a través de cruces transnacionales (movimientos sociales y culturales que crean redes solidarias por encima de las fronteras)¹⁸.

¹⁷ Jelin se refiere a esta cuestión sosteniendo que “los cambios en las formaciones identitarias (los cruzamientos entre identidades de género, de clase o de función social, por un lado, y las identidades nacionales, por otro) producen una combinación de cambios en los marcos interpretativos (en la esfera nacional, regional o global) y en las oportunidades políticas que se abren (o se cierran) en el proceso Mercosur”. Elizabeth Jelin. “Novas identidades e integração cultural. Cidadania, movimentos sociais e Mercosul” en José Álvaro Moisés y otros. *Cultura e democracia*, Volumen 3, Edições Fundo Nacional de Cultura, Río de Janeiro, 2002, pág. 49 (Traducción del autor).

¹⁸ Véase, Gerardo Caetano y Jorge Balbis, “Mercosul, identidades sociais e sociedade civil: sindicatos, empresarios, cooperativas e ONGs” en José Álvaro Moisés y otros, op. cit. pág. 57.

Estos desplazamientos hacen muy difícil la constitución de una identidad “mercosuriana”. Pero también inciden en esta dificultad otros factores, como la actual crisis de los modelos de integración regional y, consecuentemente, las dificultades que tienen tales modelos en rebasar el ámbito meramente mercadológico y gubernamental para asumir programáticamente los contenidos sociales y culturales de la integración. De todas maneras, el reto que plantea -o planteara, según se considere o no su vigencia- el Mercosur subraya el tema de las identidades y las ciudadanía supranacionales, lo que supone una transformación fuerte en los formatos localistas de las identidades y en la idea de ciudadanía forjada en los límites del Estado-Nación.

Identidades globales

El concepto de espacio público se encuentra históricamente condicionado por el de Estado-Nación. Pero el desplazamiento de lo territorial y lo nacional por indefinidas instancias globales anónimas y transterritorializadas resitúa en gran parte el lugar de lo público. Este deviene así difusa zona deslocalizada: no-lugar cruzado desordenadamente por redes de información, de comunicación y consumo y abierto a intereses disímiles. Es un espacio neutral y amorfo levantado por las nuevas modalidades del capitalismo contemporáneo y regido por la industrialización de lo simbólico (la cultura, el espectáculo, el entretenimiento y la publicidad, articulados por circuitos mediales) por encima de los contraídos Estados nacionales. La cuestión que se plantea acá y que será considerada luego es la de si resulta posible convertir esa tierra de todos y de nadie (o de pocos) en sede de confrontaciones democráticas, en principio constructor de ciudadanía global.

El desplazamiento de lo local introduce nuevas matrices de identidad, configuradas cada vez más por factores trans-estatales (la tecnología y el mercado) antes que por identificaciones basadas en la pertenencia a la comunidad o la Nación. Pero, en contra de lo esperado o temido, la globalización no ha homogeneizado las identidades. Este hecho se debió a la obstinada resistencia de lo diferente pero también ciertamente, a razones que obedecen a la propia lógica del capitalismo pos-industrial. Por una parte, los cálculos del mercado pos-fordista tanto como impulsan el establecimiento de códigos universales promueven la segmentación de los públicos consumidores y fomentan la diversidad (aunque manipulen sus alcances). Por otra, a pesar de que sus efectos tienen alcances planetarios, la globalización no ocurre en forma pareja: concentra fuerzas, mantiene la asimetría en la distribución de sus beneficios (aunque no en la asunción de sus costos) y fomenta nuevas exclusiones y desigualdades¹⁹. Estas asimetrías son responsables de tantos

¹⁹ El discurso globalizador, dice García Canclini, “recubre fusiones que suceden entre pocas naciones. Lo que se anuncia como globalización genera interrelaciones regionales, alianzas de empresarios, circuitos comunicacionales y de consumidores de países europeos, América del Norte o la zona asiática”. Y más adelante: “Este conjunto de cambios tecnológicos y mercantiles (la globalización) sólo adopta formas globales cuando se establecen mercados planetarios de las comunicaciones y del dinero, tras agotarse la división bipolar del mundo”. Néstor García Canclini, *La globalización imaginada*, Paidós, México, 1999, págs. 32 y 45.

atrincheramientos de diferencias locales, tantos fundamentalismos que, basados en la reafirmación militante y extremista de la identidad, ensombrecen el mapamundi contemporáneo²⁰.

El siglo XXI parece haber comenzado con la exacerbación de los fundamentalismos a escala planetaria. La caída de las torres gemelas y las invasiones (verdaderas guerras civilizatorias) de Afganistán e Irak han revelado de pronto que el ideario pluralista con que se cerrara el siglo pasado encubría oscuros etnocentrismos y fanáticas formas de racismo e intolerancia religiosa y cultural que parecían sabiamente extirpados. Ante la fuerza del dogma de la fe o del capital, vuelve a fracturarse el mundo en secciones bipolares inconciliables y vuelven a reconfigurarse en forma antagónica identidades esenciales de formato universal: megaidentidades reactivas, reaccionarias, imposibles de ser confrontadas en ninguna instancia de mediación. Sobre este trasfondo apocalíptico, la diferencia entre Oriente y Occidente, Primer y Tercer Mundo, Centro y Periferia, recupera el perdido carácter de una disyunción metafísica y fatal: el sentido de una contradicción radical entre Civilización y Barbarie, desde un lado; entre Verdad Absoluta y Herejía, desde el otro.

Hay otro tipo de identidades mundiales que se afirma fuera de esta escena trágica. Al lado de las identidades de consumidores conformadas por públicos, audiencias y clientelas y diferenciadas en targets, es decir, formateadas massmediáticamente, se perfilan nuevos modelos de ciudadanía global²¹. Por ejemplo, la invasión de Irak generó, como nunca lo había hecho antes un acontecimiento histórico, un “nosotros” mundial antibelicista. Esta identidad duró lo que la guerra, o un poco más, pero sirvió para fijar posiciones que permiten entrever la posibilidad de una esfera pública transnacional donde se negocien posiciones sobre el fondo de acuerdos éticos básicos y en pos de los grandes intereses colectivos desdeñados por la razón mercantil (como la protección del medio ambiente y el respeto de los derechos humanos). Así, diversas formaciones sociales independientes, provistas de grados diferentes de estabilidad y consistencia institucional, entretejen mundialmente redes participativas de solidaridad y debate y crean comunidades interactivas online, foros de discusión estratégica, movimientos de presión ante gobiernos u organismos internacionales, asociaciones inter-ciudades o fundaciones transnacionales de apoyo al desarrollo sociocultural, etc.; figuras todas ellas, entre otras, que anudan líneas tangenciales de acción ciudadana y permiten imaginar nuevas tramas de lo público global.

²⁰ Stuart Hall encuentra que la globalización produce dos tendencias contradictorias en el ámbito de lo identitario: el descentramiento, el dislocamiento y el hibridismo de las identidades, por un lado y, “por otro, y exactamente al mismo tiempo, el resurgimiento de los nacionalismos y el retorno de formas fijas de identidad y otros particularismos culturales y étnicos, como una respuesta defensiva ante la globalización”. Op. cit., pág. 60.

²¹ Las identidades generadas en torno al consumo no son precisamente incompatibles con la construcción de ciudadanía; considérese al respecto la figura de consumo activo o apropiativo desarrollada por Néstor García Canclini en *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, Grijalbo, México, 1995, y en *La globalización imaginada*, op. cit.

Brea considera que la asociación de economía e imagen técnica, característica de la actual fase cultural del capitalismo, opera hoy como el principal factor de investidura de identidades. El proceso de fusión medial de poderosos sectores industriales (de la cultura, la información, la comunicación) se convierte en el más potente operador simbólico de la historia y, por lo tanto actúa de manera determinante en la constitución de subjetividades y modelos de reconocimiento, diferenciación y experiencia de comunidad²². Ante esta situación, el autor identifica dos grandes retos políticos relacionados con los procesos de producción de identidad. El primero, de carácter sustantivo, exige desarrollar nuevas formas de subjetivación y socialización mediante las cuales renovar “la experiencia de lo común, la pertenencia y participación en una comunidad”²³. El segundo, de talante formal, supone “instrumentar las mediaciones de representación colectiva que permitan a la ciudadanía la gobernanza colectiva de su destino, el ejercicio de la libre decisión y conducción colectiva de los asuntos que le conciernen”²⁴.

También el inquietante concepto de “multitud”, propuesto por Virno²⁵ y desarrollado por Negri y Hardt²⁶, podría ser considerado a la hora de analizar nuevas formas de identidad y relaciones comunitarias. Pero es posible que más sirva esa figura para avivar el debate acerca de un tema necesario que para ofrecer pistas fecundas en el complicado itinerario de las sociedades periféricas, demasiado diferentes a las que condicionaron el concepto. La pos-hobessiana idea de multitud de Virno se opone a las de pueblo, Nación y Estado, a las de acción y representación política, a la de esfera pública. La crisis del modelo laboral fordista habría desplazado las clases tradicionales por un nuevo agente histórico desestructurado y contingente: un amasijo anárquico de sectores que no aspiran a la hegemonía sino a la revuelta; a desobedecer los poderes instituidos, preservar sus formas de vida radicalizadas e imaginar formatos diversos, imprevistos, de comunidad: “La multitud tiene un vínculo directo con la dimensión de lo posible: cada estado de cosas es contingente, nadie tiene un destino...”, dice Virno²⁷. El autor encuentra en la multitud una alternativa de ciudadanía globalizada pero este conjunto amorfo de pos-subjetividades, aunque podría ser considerado en sus posibilidades dinamizantes y contestatarias, perturbadoras, mal podrían aportar a una escena, como la latinoamericana, quebrantada por la desertión del Estado, la debilidad societal y el déficit de escena pública. Casullo sostiene en este sentido que “no son las multitudes sino los poderes estatales, empresarios y financieros los que decidieron fugar de la sociedad hasta desampararla”; y que “es la falta

²² José Luis Brea, *El Tercer Umbral, Estatuto de las prácticas artísticas en la era del capitalismo cultural*, Cendeac, Murcia, 2004, págs. 20-23.

²³ Op. cit. pág. 30.

²⁴ Op. cit. pág. 31.

²⁵ Paolo Virno, “Virtuosity and Revolution: The Political Theory of Exodus” en *Radical Thought in Italy. A Potential Politics*, Paolo Virno y Michael Hardt, eds., Minneapolis-London, University of Minnesota Press, 1996.

²⁶ Toni Negri y Michael Hardt, *Imperio*, Paidós, Barcelona, 2002.

²⁷ En Flavia Costa, “Entre la diferencia y el éxodo; una entrevista con Paolo Virno” en *Suplemento Cultural del Diario Clarín*, Buenos Aires, 19, enero, 2002.

Escobar, Ticio, *La Identidad en los tiempos globales*, Ponencia del autor facilitada para el Programa Estudios de Contingencia, Seminario Espacio/Crítica.

de producción, regulación y presencia estatal de poderes en educación, salud, vivienda, justicia, finanzas y seguridad lo que gesta finalmente a las multitudes contra tal política desertora que desintegró el país (se refiere a la Argentina)²⁸.

Es cierto que estamos lejos de la utopía de la ciudadanía global o la comunidad universal de comunicación soñada por Habermas: la esfera pública global, como punto de confrontación en lo concerniente a los moradores de este mundo amenazado, se encuentra en un lugar ideal que debe ser perseguido (aunque nunca pueda ser alcanzado) a través de empeños plurales y oficios dispersos, a contrapelo del curso marcado por las hegemonías mundiales que vedan el derecho a una ciudadanía plena a las regiones pobres del planeta, que son las más, sin duda. Pero aquellos empeños proliferan: crecen esos quehaceres diseminados que logran coincidir en el ciberespacio y fundar en él un ágora virtual transitorio, o consiguen congregarse en encuentros mundiales o regionales centrados en temas artístico-culturales o en los problemas relativos al ecosistema planetario, la desigualdad, la corrupción o la violencia. Un ejemplo interesante de esta modalidad podría encontrarse en el Foro Social Mundial que, en su cuarta edición, se reuniera recientemente en la India (anteriormente lo hizo en Porto Alegre, Brasil). Estas irrupciones inesperadas anuncian modalidades imaginativas de construcción de ciudadanía transnacional, aportan ejemplos de medios horizontales y descentralizados a través de los cuales ejercerla y mantienen abierto el lugar (el no-lugar) de la utopía en medio de una escena desencantada.

Las iniciativas recién citadas no intentan (o no deberían hacerlo, al menos) asumir posiciones reactivas que signifiquen la pura contradicción respecto a los poderes globales. Ubicadas en los promiscuos terrenos del mapamundi globalizado, buscan disputar emplazamientos y regatear en torno a intereses contrapuestos; encontrar ángulos favorables desde donde insertar la diferencia e imaginar políticas alternativas, estrategias capaces de desorientar el sentido fijado por los tecnócratas transnacionales. Se trata, en suma, de, junto con los riesgos, asumir las ambigüedades que presentan aquellos terrenos ilimitados tratando de forzar en ellos espacios abiertos a actores sociales múltiples tanto como a las megacorporaciones, los organismos interestatales y los Estados. Desde allí podrían trenzarse proyectos diversos, interconectar circuitos esparcidos y negociar con creatividad las agendas distintas de cara a un futuro sustentable.

Articulaciones

La integración social, fundamental para nuestras sociedades frágiles y dispersas, es resultado de una tarea de construcción política, que concierne tanto a la sociedad civil, principio de iniciativa social, como al Estado, responsable del rumbo colectivo. En esta faena las identidades tienen una injerencia decisiva: encapsuladas, devienen factores socialmente disolventes; enmarcadas en una empresa solidaria, resultan proveedoras de las

²⁸ Nicolás Casullo, "Sobre Paolo Virno: ¿Qué es lo que políticamente nos está sucediendo en la Argentina?", en *Revista de Crítica Cultural*, N° 24, Santiago de Chile, Junio 2002.

muchas imágenes, deseos y sombras que dan espesor y arraigo a la institucionalidad democrática. Regresemos, pues, al ámbito de las identidades sectoriales y al desafío fundamental que se plantea a éstas: la necesidad de que las mismas trasciendan sus intereses particulares y sean inscriptas en la esfera pública: que se vinculen a proyectos éticos orientados al interés colectivo.

Esas necesidades exigen el oficio de las grandes instancias especializadas en la intermediación, representación y unificación de la sociedad en vistas a los intereses de la *res pública*. Sin embargo, hoy ambas instancias resultan insuficientes por complejas razones nuevas, tales como la merma del Estado ante la irrupción de poderes fácticos globales, la crisis de representación de los partidos, la disgregación de los relatos unificadores y la misma aparición de nuevas identidades sociales que, en parte considerable, reemplazan a los tradicionales sujetos colectivos. Tal menoscabo de la representación moderna convoca una presencia mayor de la sociedad en la tarea de integración social, sin que la misma signifique la sustitución de funciones (del Estado y los partidos) que no pueden ser relegadas. La cuestión es difícil porque la sociedad civil, ámbito de lo múltiple y lo desigual, en principio no se encuentra preparada para ese cometido, pero la tensión que alberga ella entre sus dos polos -el *corporativo*, que atiende los intereses particulares, y el *solidario*, que mira el conjunto- dinamiza su curso y permite que enfatice ella el segundo momento para asumir los desafíos nuevos. Es indudable que durante las dos últimas décadas las organizaciones intermedias han colaborado a reposicionar la frontera entre lo público y lo privado, ensanchar y fortalecer la esfera de lo colectivo, renovar los sistemas de representación y participación y a promover, así, una textura social más consistente y un resguardo mejor de los intereses colectivos.

El espacio de la sociedad civil se vuelve entonces una escena privilegiada para negociar la disputa entre las demandas parciales y el bien común. Conviene pues instalar allí la cuestión de las identidades y, desde ese lugar, apuntar a engancharla con la idea de ciudadanía. Si aquella manifiesta la diversidad y reivindica la diferencia en su expresión más concreta, ésta representa el momento entero y formal promovido por el Estado como principio universal de la igualdad de derechos. Vinculadas entre sí, ambas figuras resultan favorecidas: la de identidad tiene mejores posibilidades de acceder a una dimensión pluralista y una inscripción democrática y la de ciudadanía, a sortear los riesgos de cierto legalismo formalista que a menudo la estanca²⁹.

El problema es, de nuevo, cómo ensamblarlas, ubicadas, como están, en dimensiones tan separadas. El concepto de *participación ciudadana* puede actuar como

²⁹ García Canclini propone abrir el concepto de ciudadanía a la diversidad multicultural para desustancializarlo y liberarlo de una acepción estatizante y del peso de un juridicismo abstracto. De este modo, tal concepto no hablará sólo “de la estructura formal de una sociedad” sino que podrá abarcar “las prácticas emergentes no consagradas por el orden jurídico, el papel de las subjetividades en la renovación de la sociedad”. Néstor García Canclini, *Consumidores y ciudadanos... op. cit. págs. 20 y 21.*

instrumento mediador entre ambas y ayudar a trabajar las identidades como los componentes corporativos de un proyecto ciudadano amplio. Según Vial, a quien sigo en este concepto, éste designa cierta respuesta a los fenómenos de globalización, fragmentación de totalidades y segmentación de los grandes conglomerados sociales (representados en los partidos políticos tradicionales) que se traduce “en la incorporación de nuevas organizaciones que realizan un tipo específico y distinto de participación política que denominamos *ciudadana*”. Este modelo de participación se distingue de otros (comunitarios, corporativos, solidarios), o aun de la misma participación política tradicional, por su posibilidad de “integrar, al menos potencialmente, la creciente fragmentación de los nuevos sujetos sociales y buscar síntesis adecuadas a la heterogeneidad de los intereses representados en un bien común que sea pertinente para todos”³⁰.

Me remito al autor citado para un desarrollo de este tema; acá interesa retener y recalcar la posibilidad de desconstruir el concepto clásico de ciudadanía liberal (derechos abstractos a la igualdad concretados en el voto) y permitirle abrirse a la diversidad, asumir la diferencia y, entonces, devenir también ciudadanía social, cultural, racial, étnica, etc.³¹ La ciudadanía es considerada, así, no como status formal, plenamente constituido de modo *a priori*, sino como una construcción histórica y contingente que supone la participación política de diversas identidades particulares³². Estas se alían entre sí, compiten, luchan, negocian y dirimen sus conflictos en un terreno delimitado por el horizonte de la *res pública*. Mouffe trabaja la intersección de los conceptos de identidad y ciudadanía reformulando el universalismo de ésta en clave de función articuladora. Propone comprender el mismo concepto de ciudadanía como una identidad política, en cuanto se crea a partir de la identificación con la *res pública*. Esa identidad supone la existencia de diversos intereses particulares que aceptan las reglas de juego de los intereses públicos. “En este caso, la ciudadanía... es un principio de articulación que afecta las diferentes posiciones subjetivas de los agentes sociales ...aunque reconociendo una pluralidad de lealtades específicas...”³³. El modelo de articulación que Mouffe ha trabajado con Laclau sostiene que criticar la idea de ligazones esenciales entre las identidades no significa negar los constantes esfuerzos para establecer entre ellas vínculos históricos, contingentes y variables. “Este tipo de vínculo que establece una relación contingente, no predeterminada,

³⁰ Alejandro Vial. “Introducción. El Paraguay en un mundo global; retos, desafíos y oportunidades” en A. Vial (coordinador), *Cultura política, sociedad civil y participación ciudadana. El caso paraguayo*, CIRDA, Asunción, 2003, pág. 36.

³¹ Para una complejización mejor del concepto de ciudadanía, véase Line Bareiro “Ciudadanía y Derechos Humanos en Clave Femenina”, artículo no publicado que recoge el debate desarrollado por la autora como hipertexto para el Seminario del PRIGEPP: *Democracia/s, ciudadanía y Estado en América Latina. Análisis de género de los caminos recorridos desde la década del '80 y futuros posibles*.

³² Este concepto de ciudadanía diversa puede ser confrontado con el de “ciudadanía plena” manejado por Line Bareiro y Jane C. Riquelme en *Nuevas Voceras de la ciudadanía plena*, Centro de Documentación y Estudios, Documento de Trabajo N° 47, Asunción, 1998, págs. 33 y sgtes.

³³ Chantal Mouffe. *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, Paidós, Buenos Aires, 1999, pág. 101.

entre varias posiciones es lo que designamos como *articulación*³⁴. La articulación cuenta, así, con un estatuto básicamente discursivo, capaz de enlazar provisionalmente las diferentes posiciones de sujeto.

Desconstruido, el concepto de ciudadanía, como el de identidad, se ha vuelto así, contingente: depende de estrategias circunstanciales de sujetos que participan desde lugares diferentes y en pos de distintas causas. Esto constituye una ventaja en términos de pluralismo democrático pero presenta riesgos nuevos: nada garantiza ya el cumplimiento de un proyecto colectivo. Y la producción de la ciudadanía pasa a depender no sólo de las eventualidades de las posiciones diferentes y los vínculos inestables sino de lo propicio o desfavorable de las condiciones históricas. En el Paraguay los factores adversos pesan de una manera tal que por momentos resulta milagroso que se sostenga un país perturbado por las brutales diferencias sociales y económicas (con sus secuelas de miseria, exclusión y violencia), la corrupción, el derrumbe económico, la crisis financiera, la fragilidad de las formas sociales, la decadencia de las elites gobernantes y el consiguiente descrédito en los partidos políticos y el Estado. Además, luego de casi 35 años de dictadura militar, la falta de tradición democrática pesa. Analizando el tiempo de la “Transición a la Democracia” Martini sostiene que “en sólo 14 años no es sencillo el armado de un tejido socio-cultural sólido en el marco de un sistema democrático si, además, en el imaginario colectivo la democracia es un valor poco conocido en su práctica. La transición paraguaya no puede leerse como si fuera la redemocratización de un Estado de derecho perdido... en el Paraguay la tarea es fundacional, creadora de unas normas previamente inexistentes: ...es un esfuerzo prometeico”³⁵.

Sobre este contexto oscuro se ha avanzado, sin embargo bastante, con relación a los tiempos aciagos de la dictadura. Desde lo ganado en el plano de las libertades cívicas podrá alentarse la posibilidad de desarrollar formas participativas y solidarias que amplíen efectivamente el espacio de la ciudadanía y lo proyecten desde el ámbito electoral a niveles socioculturales diversos. Y este “esfuerzo prometeico” puede alimentarse de la energía vital de las identidades y puede crecer con el afán de inscribir la diferencia en un proyecto que parece zozobrar, pero se mueve.

³⁴ Ídem, pág. 112.

³⁵ Carlos Martini, “Transición política y económica. Una mirada política a la Transición” en Alejandro Vial (coord.), op. cit. pág. 199.